

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

LA NAVECILLA.

Refiere S. Mateo que Jesús entró en una navecilla y le acompañaban sus discípulos. Apenas se habían alejado de la ribera cuando sobrevino un grande alboroto en la mar, de modo que las ondas cubrían el barco; mas Jesús dormía. Sobrecogidos de temor los discípulos acercáronse á él y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesús les dice: ¿Qué temeis, hombres de poca fé? Y levantándose al punto mandó á los vientos y á la mar, y siguió una grande bonanza. Y los hombres se maravillaron y decían: ¿Quién es éste, que los vientos y la mar le obedecen?

Si buscamos el sentido moral de este pasaje evangélico, entenderemos que la barquilla de nuestra alma navega por este mar del mundo hácia la beatífica playa de sus esperanzas y que las olas de este mar alborotado son las tribulaciones, los vientos, las tentaciones de todo género, las desgracias y contratiempos de la vida,

y todo aquello que nos sale al paso, suscitando dificultades, presentando obstáculos para que no lleguemos al deseado puerto. El arte sublime de vencer las tentaciones y arribar felizmente á la pátria del eterno descanso debe de ser el objeto preferente de nuestro estudio y la materia de nuestras meditaciones. ¿Qué ganaríamos con poseer todo el mundo si perdemos el tesoro de la inmortal bienaventuranza? Estudiemos, pues, un asunto que entraña nuestro destino final; veamos qué género de tentaciones suelen acometerlos y la manera de vencerlas.

Somos navegantes que se dirigen por este mar del mundo que hierve tempestades á las hermosas playas de aquella Jerusalem celestial, fundada por el Altísimo, adornada de piedras preciosas y embriagada con perfumes de suavísima fragancia. Apenas emprendemos una penosa travesía, empiezan á soplar con impetu furioso los vientos de las tentaciones, y azotan cruelmente la frágil barquilla de nuestra alma. El viento de la vanagloria, el viento de la las-

civia, el viento de la avaricia, el viento de la pereza ó de la indiferencia, hé aquí los enemigos que nos amenazan en nuestro viaje á la tierra de provision.

Temible es el viento de la vanagloria que sopla del oriente y tanto más temible cuanto ménos parece turbar la pacífica bonanza en que se halla nuestro corazon ¿Pero quién puede contar los naufragios causados por ese viento engañoso de la vanagloria? David, el hombre de Dios, este varon tan probado en las borrascas de la vida, protesta que á ningun enemigo temia tanto como á la vanagloria. *Ab altitudine dici timebo.* Y da la razon. *Lumen oculorum et ipsum nom est meam.* La vanagloria es un humo densísimo que ciega á los hombres, produce vértigos, y desvanecido el entendimiento, que es el piloto, el naufragio se hace inevitable.

Otro de los vientos que se levantan contra nuestra alma, es la carnal compuscencia. Sopla del occidente, á saber, de este foco incandescente de la carne que tiende hácia el ocaso. La barquilla de nuestra alma boga hácia el cielo. Allí está su tesoro del bien infinito que dará hartura á su noble corazon. Pero los vientos de la carne se levantan furiosos y la impulsan con violencia hácia los placeres carnales. No hay batallas más temibles que las de la castidad donde la lucha es cotidiana y muy rara la victoria. ¿Quién puede surcar sin peligro de naufragio este mar de impureza en que se anega la sociedad moderna?

Otro viento reina en el mundo que sopla del mediodia y es la avaricia, el viento de la terrena prospe-

ridad. Y por último no deja de reinar el viento del setentrion, el viento frío y destructor de la adversidad. Hé aquí los cuatro vientos que levantan horrendas tempestades en el alborotado mar de nuestro corazon: vientos que el Espíritu de Dios reveló á David en vision nocturna, y de los cuales dice *el varon de los deseos*: Y vi que cuatro vientos luchaban en un mar grande. Y se levantó, dice el Evangelio, una gran tempestad en el mar, de modo que las olas cubrian la barquilla.

Nos hallamos, pues, en alta mar; soplan con furia los vientos de la soberbia, los vientos de la lujuria, los vientos de la avaricia, y los vientos de la tribulacion; las olas de las pasiones azotan la nave de nuestra alma. Es preciso luchar contra los vientos y las tempestades. ¿Pero quién será el piloto bastante diestro y esforzado que dirija y gobierne, que nos infunda confianza y nos comunique aliento, fuerza y valor en medio de los peligros?

Si Jesús no vá con nosotros, somos perdidos. Si los discípulos no hubieran acudido á Jesucristo para despertarle y demandar su proteccion, la nave se hubiera ido á pique. Pero ellos, viendo que el barco zozobraba, se acercaron á Jesucristo y le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Hé aquí lo primero que debemos hacer cuando soplan los vientos de las tentaciones y estamos á punto de naufragar en las aguas de la malicia y del pecado. Debemos acudir á Dios, que al parecer está dormido, en demanda de luz, auxilio y proteccion, diciendo

con fé, con gemidos y lágrimas: Señor, sálvanos, que perecemos.

Y los discípulos no solamente se acercaron á Jesucristo, viendo en peligro la nave, sino que le despertaron. Cuando el viento de la tentación azota nuestro rostro, cuando las olas de la adversidad inundan la barquilla de nuestro corazón, no basta implorar el auxilio divino, no basta recurrir al Señor por medio de la oración, sino que debemos despertarle con el arrepentimiento, con la purificación de nuestra conciencia, con la detestación de nuestros pecados y la práctica de buenas obras. *Et suscitaverunt eum*. Por no seguir estos ejemplos, acontece con frecuencia que el vicio triunfa de la virtud, las pasiones se alzan victoriosas contra la razón y la fé, siendo tantas las caídas como las tentaciones, tantas las derrotas como las batallas y tantas las miserables víctimas del demonio como son las almas que se entregan sin escudo y sin defensa á las corrientes de la inmoralidad y á las tentaciones seductoras del mundo.

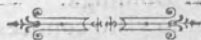
Sucede asimismo que cuando sobrevienen las desgracias y tribulaciones, nos quejamos con amargura, pero no hay dolor ni quejas ni lamentos contra los pecados que son la verdadera causa de nuestras aflicciones. Somos culpables y no queremos castigos. Presumimos que Dios es todo misericordia y que no ha de ser justicia. En medio de la tribulación somos cobardes porque no tenemos fé en Dios y en los días de la prosperidad, somos ingratos porque nos sobra la presunción hija de la soberbia. Y en ambas situaciones merecemos con más razón que los apóstoles un reproche de la bondad

desconocida por la ingratitud y otro reproche de la justicia violada con audacia por nuestras continuas rebeliones.

Si en los momentos de la tentación y en esas horas amargas que suenan para todos los mortales, acudiésemos con fé viva y pureza de corazón al Señor de los vientos y tempestades, seguramente lograríamos la victoria de las tentaciones y la fuerza necesaria para soportar varonilmente los golpes del infortunio. El Señor que parecía dormido, se levantaría al punto y dando sus órdenes á los vientos y al mar, callarían los vientos y reinaría en nuestro corazón la más completa tranquilidad. Así sucedió en el mar de Tiberiades y los hombres admirados se preguntaban mutuamente: ¿Quién es éste á quien los vientos y las tempestades tan sumisamente obedecen? ¿Quién es este ante cuya voz enmudece el huracán y cuyos pies besan humildes las olas encrespadas y los furiosos vendabales?

Hé aquí la fuerza de la fé, la eficacia de la oración y la virtud de la penitencia para surcar sin desastres el mar alborotado de la vida.

No hay más Salvador que Jesucristo. Procuremos que vaya siempre con nosotros, y aunque el mar se alborote y las tentaciones se levanten furiosas, amenazando nuestra virtud y turbando nuestro corazón, tengamos confianza en el poder de Jesucristo, implóremos con fé su auxilio poderoso, y llegaremos sanos y salvos al puerto de la ciudad inmortal donde gozaremos eternamente las delicias de la gloria.



HUMILDE INFANCIA

DEL PAPA SAN PIO V.

En el mes de Octubre de 1513 dos religiosos Dominicos, uno entrado en años y otro de ménos edad, iban de camino por la alta Italia. Habiendo encontrado un pastorcito, «Observad á este niño,» dijo el jóven religioso al anciano.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el reverendo Padre Prior.

—Miguel.

—Es un gran Santo, hijo mio: ¿le conoces? Sin duda será un sábio é ilustrado obispo.

—¡Oh! no, Padre: mi patron San Miguel es un Arcángel y jefe de los Angeles. Cuando Lucifer, el primero de los espíritus celestiales se rebeló, arrastrando ¡ay! en su caída á multitud de compañeros suyos, San Miguel exclamó: «¿Quién cómo Dios?» y con los Angeles buenos echó á los malos del paraíso y los precipitó al infierno.

—¿Es tu párroco quien te ha enseñado todo eso?

—No, señor: está enfermo, y ya no puede predicar.

—¿De quién, pues, lo has aprendido, toda vez que aún no sabrás leer?

—¡Oh! sí, señor, mi madre me ha explicado muchas cosas, y me hace leer por la noche, cuando mis ovejas están en el redil: y entre otras historias me ha referido la de San Miguel. También sé escribir.

—Tu madre es muy instruida. ¿Cómo se llama?

—Lleva el nombre de vuestro santo Fundador: Domingo.

—¡Ah! por lo visto conoces á santo Domingo y á sus religiosos.

—Sí, porque uno de ellos predicó en nuestra iglesia, me contó su historia y me dió este rosario, enseñándome á rezarlo.

—¿Y lo recitas todos los días?

—Sí, señor, meditando al mismo tiempo los misterios de gozo, de dolor y de gloria. Aquel buen Padre me dijo que si perseveraba y podía aprender el latín, llegaría á ser un fraile predicador.

—¿Y aprendes ya el latín?

—No, Padre; me lo impide la falta de recursos. Con Dios, Padres míos: tengo que dejaros, pues mi rebaño abusa de mi ausencia.

Semejante encuentro inspiró á los dos religiosos la idea de establecer cerca de su monasterio de Voghera una especie de escuela apostólica, un asilo para los niños pobres, cuya inteligencia y piedad prometieran felices resultados.

La escuela fué fundada la primavera siguiente. El más jóven de los dos mencionados religiosos visitó al enfermo párroco de Bosco.

—¿Conoce V., le preguntó, á un pastorcito de su parroquia que se llama Miguel?

—Es mi monacillo, respondió el respetable anciano, y su madre una santa mujer que comulga cada vez que puedo celebrar la Misa.

—Conocemos un poco á ese niño, y quisiéramos hacerle fraile predicador.

—Difícil es el empeño, pues sus padres son pobres desterrados venidos de Bolonia. El niño Miguel es su hijo único y su solo sosten. Está destinado de consiguiente á ser labrador y no fraile.

—Permitáme V. le diga, señor Cura, que abrigo las esperanzas res-

pecto á este niño. He venido aquí rezando el Rosario por él, y confío lograr la conquista del aprovechado pastorcillo.

—En tal caso puede V. entenderse directamente con la familia Ghisleri.

El jefe de ésta dió su consentimiento al buen religioso.

Nuestro Miguel fué á estudiar entre los Dominicos de Voghera, cuyo hábito vistió á la edad de quince años, siendo ordenado de sacerdote á los veinte y tres. Enseñó durante diez y seis años, y fué maestro de novicios y prior en muchas casas de la Orden.

En 1556 el Papa Paulo IV le nombró obispo de Nepi y Sutri, y en el siguiente año le hizo cardenal. Habiendo muerto su sucesor Pío IV en 1565, San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, hizo dar todos los sufragios al cardenal Ghisleri, que gobernó siete años la Iglesia con sabiduría y gloria mereciendo por sus virtudes y milagros ser colocado en el número de los Santos honrados con culto público. Su fiesta se celebra el 5 de Mayo, bajo el nombre de San Pío V. Por su actividad y desvelos, la cristiandad alcanzó sobre los turcos la famosa victoria naval de Lepanto en 1571.

¡Cuántas lumbreras de la Religión y de la ciencia salieron de la oscuridad, merced á la ilustrada protección de las tan calumniadas Ordenes religiosas!

POBRE DE ESPÍRITU

Y RICO DE CORAZÓN.

Había una pobre viuda que tenía un hijo al que amaba, después de á

Dios, sobre todo en este mundo. Era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererlo á un sin ser su madre; pero al mismo tiempo era tan limitado de alcances, que imposible se hacía enseñarle nada, faltándole comprensión y memoria. Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió; quiso ponerle á un oficio, y sucedió otro tanto.

Entonces su pobre y afligida madre habló y buscó consuelo en su confesor, que era un respetable religioso, y le suplicó que se empeñase con el Prior del convento á fin de que recibiese á su hijo de lego. Así lo hizo el buen Padre, y el muchacho entró en el convento.

El buen religioso trató de instruir á su protegido en la Religión, cuyas primeras nociones le había inculcado su piadosa madre, pero jamás pudo hacerle aprender de memoria ni acordarse sino de estas expresiones de la fé, de la esperanza y de la caridad: «Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios.»

Cuando pasó el año de noviciado se determinó desahuciarlo por inepto; pero como era tan servicial, dulce y humilde que todos los religiosos le querían, y que vieron con lástima el desconsuelo de su pobre madre, determinaron que se quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Después de sus largas y penosas tareas se le veía, en vez de dormir y descansar, ir á la iglesia y pasar allí horas enteras de rodillas.

¿Qué hará allí? decían los novicios: no sabe leer ni rezar, ni comprende el rito de las oraciones de la Iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad se ocultaron un día para ver y oír en qué pasaba el tiempo, y vieron que

no hacia más que repetir con gran fervor: «¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!»

Al cabo de algunos años murió el pobre lego, con la misma tranquilidad con que había vivido: lo hallaron con el rostro sereno y las manos cruzadas muerto en su jergon de paja. Lo enterraron como á inocente sin Oficio de difuntos y sin que doblasen las campanas. A poco no se conocía el rincón de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero algun tiempo despues vieron que espontáneamente habia crecido sobre aquella sepultura una hermosa azucena: se acercaron á ella, y vieron con admiracion que las blancas hojas de la flor tenian cada cual un letrero con caracteres de oro, que decian: «Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios.»

Escarbaron la tierra, y vieron que la flor tenia su raíz en el corazón del hijo de la pobre viuda.

LA MUJER CRISTIANA.

En un lugarcillo de las inmediaciones de Filadelfia vivia una señora viuda y madre de varios niños, á quienes desde la más temprana edad habia procurado iniciar en la religion verdadera y tenia el consuelo de verlos andar por el sendero de la virtud. Enterado de las circunstancias en que se hallaba un sacerdote ya entrado en años, tuvo deseos de conocerla, para ver cómo habia podido hacer tan eficaz su método de enseñanza doméstica. Se dirigió, pues, á casa de dicha señora, y la preguntó con el

debido comedimiento de qué manera acertaba á desempeñar sus obligaciones maternas respecto de la educacion de sus hijos. La buena mujer le contestó con franqueza que no pensaba haber hecho sino lo que hacia una madre cristiana cualquiera, tocante á la instruccion religiosa de los suyos. Luego, para darse á entender mejor, añadió:

«Mientras mis niños todavia eran pequeñuelos, cada vez que me ocupaba en lavarles las manos y rostro elevaba mi pensamiento hácia Dios, rogándole se dignase lavarlos con la sangre que nos deja limpios de toda mancha; cuando por la mañana les ponía sus vestidos, suplicaba á mi padre celestial los cubriese con la ropa de justicia que llevó Cristo; á medida que les repartía los alimentos en la mesa, le pedía á Dios tuviese á bien sustentar sus almas con el pan del cielo y daries de beber el agua de la vida espiritual. Siempre que los componia para llevarlos á la casa de Dios, procuraba que sus cuerpos fueran dignos de que el Espíritu Santo hiciese de ellos su morada. Cuando se separaban de mí para ir á la Escuela, una oracion mia seguía sus pasos infantiles, para que su andar en la vida fuera el de los justos, que brillan cada vez más hasta el dia en que se alcanza la perfeccion. Por fin mientras los entregaba al dulce reposo de la noche, mi última aspiracion del dia era que el Rey de los cielos fuese su custodia vigilante y los protegiese con su amparo paternal.»

Despues de haberla oido, el sacerdote conmovido la dió las alabanzas que se merecia un proceder tan edificante, y más tarde confesó que ra-

ra vez en su vida había visto una familia tan bien arreglada como la de aquella respetable madre cristiana.

LA MURMURACION.

Una mujer se acusaba cierto día de hallarse demasiado inclinada á la maledicencia. El piadoso confesor la preguntó:

—¿Y esa falta es habitual en V.?

—¡Ay sí!

—¡Incorre V. en ella cada día!

—Cada día, y con frecuencia varias veces en un mismo día.

En presencia de una confesión tan sincera y tan pronta, San Felipe Neri (pues era él) comprendió que en el culpable hábito de aquella cristiana había más atolondramiento y ligereza que perversidad.

—Hija mía, dijo el Santo á su penitente, su falta es grande, mayor quizá de lo que V. se figura; pero también es grande la misericordia de Dios. Por penitencia, hija mía, hé aquí lo que ha de hacer V.: Irá al mercado inmediato; comprará una gallina recién muerta y cubierta todavía de sus plumas; en seguida se encaminará V. hácia las afueras de la capital hasta un punto determinado, dando varios rodeos, y desplumando la gallina, que llevará en sus manos mientras dure el paseo que le impongo. Acabada la carrera, desplumada enteramente la gallina y lista para ponerla en el asador, volverá V. á verme para darme cuenta de su puntualidad en ejecutar mis órdenes, que le doy en nombre de Dios y como ministro suyo.

Imagínese el asombro de la mujer

al oír este lenguaje, para ella tan extraño, del santo religioso, incapaz seguramente de una broma, sobre todo en el ejercicio de su santo ministerio.

—Obedeceré, Padre mio, dijo humildemente á pesar de las objeciones que surgían en su espíritu.

Al punto se dirigió al mercado, poco distante de allí; compró una gallina, y al paso que iba caminando, fué desplumándola como se la había ordenado.

Arrancada la última pluma volvió á su confesor con un apresuramiento no exento quizá de curiosidad.

—¡Ah! dijo el santo al volver á ver á su penitente; está bien: ahora vuelva á los lugares que ha recorrido, y pasando por el mismo camino recoja una á una las plumas de gallina sembradas á su paso.

—¡Eso es imposible, padre mio, imposible! exclamó la pobre mujer, en el colmo de la sorpresa. Dejé caer esas plumas al acaso á lo largo del camino, y el viento ha debido llevarselas al punto en varias direcciones. ¿Cómo quiere V., padre mio, que pueda hallarlas de nuevo? Inútilmente perdería en ello días enteros.

—Pues bien, hije mía, repuso entonces el buen religioso; pues bien: las maledicencias, las calumnias son como esas plumas que renuncia V. á recoger, una vez que el viento las ha dispersado. Sus mortíferas y funestas palabras han caído en sin número de oídos y corazones, muchos de ellos desconocidos para V. ¿Cuántos de sus oyentes no se habrán apresurado á esparcir las por todos lados! Recójalas ahora si puede.

—¡Ah, Padre mio, cuán cierto eso!

dijo la penitente como alumbrada por una súbita luz. ¿Cómo es que yo no había caído en ello? Ruegue V. á Dios por mí, á fin de que me corrija.

—Vaya V., hija, mia y no vuelva á pecar.

MÁXIMAS.

El tiempo es un tesoro. Se nos concede para comprar la eternidad. Todo se acaba en el mundo; mentira son las riquezas, mentira los honores y dignidades, vano y mentiroso lo que no sirve para la eternidad. —*S. Francisco de Sales.*

Procura agradar á Dios hasta la muerte.—*Id.*

Para nada sirven las grandezas del mundo en la hora de la muerte.—*V. Granada.*

Harto mal es no hacer ningún bien. Todo lo que viene de Dios es bueno y para nuestro bien. Arroja de tí el espíritu del mundo si quieres recibir el espíritu de Dios.

No existe alegría verdadera ni paz ni consuelo sino en Dios.—*V. Kem-pis.*

BOLETÍN RELIGIOSO.

Santos del 2 de Febrero de 1884.

La Purificación de Nuestra Señora. San Lorenzo obispo. Santos Fortunatos, Feliciano y Cándido, mártires.

La Purificación de Nuestra Señora. A los 40 días después que nació el Salvador, que se cumplen hoy, celebra la Santa Iglesia la presentación de Dios en el templo, y la

purificación de su Madre Santísima, según estaba prevenido por la ley de Moisés. Concurrió María Santísima al Templo de Jerusalem, acompañada de San José, llevando á Jesús á ofrecerle al Eterno Padre por los pecados del mundo. El sacerdote y Profeta Simeon, que tuvo la revelación de este misterio, concurrió al templo, y tomando al niño en sus brazos dijo: Señor, ya puedes llevar á vuestro siervo al eterno descanso, pues mis ojos han visto al Salvador que nos envía... Ofreció la Virgen un rescate de su hijo cinco siclos, y como pobre, un par de tórtolas, para cumplir la ley de la Purificación. En este día debe considerar el cristiano la grande humildad de María, el generoso sacrificio que hizo de su querido hijo, consintiendo y aprobando la muerte afrentosa que sufría por la salvación del género humano. A imitación de la Virgen se presentan las mujeres en el templo después de los 40 días del parto, ya por dar gracias á Dios, como tambien para ofrecer el fruto de sus entrañas al servicio de Dios.

CULTOS. Los anunciados ayer.

Santos del día 3.

San Blas, obispo y mártir. San Ascanio, obispo. San Ignacio, mártir.

CULTOS. En la parroquia de San Nicolás función á San Blas por la cofradía de su nombre, con misa y sermón á las diez.

La Hora Circular corresponde á la parroquia de Santa Agueda.

En el convento del Carmen los ejercicios de los domingos.

En el de San Luis los de la tercera orden á las tres.

En la capilla de las Adoratrices los ejercicios dominicales á las cinco.

En la parroquia de San Lesmes á las 4 rosario y procesion.

Santos del Lunes 4.

San Andrés obispo. San Euliquio mártir. San José de Leonisa.

Cultos del Martes 5.—En la parroquia de San Nicolás función á Santa Agueda, con misa y sermón que predicará D. Rufino Gonzalez Galonge, cura ecónomo de San Pedro la Fuente,